

bas religiosas que habia dado en mil ocasiones en la dilatada carrera de su reinado, y arregló su conciencia é hizo un testamento donde luce el espíritu de fé y de penitencia que le dirigia. Da entre otros legados cincuenta mil libras, moneda de Paris, que equivalian á veinte y cinco mil marcos de plata, para reparar los daños que pudiera haber hecho: diez mil libras á la reina Ingelburga, con respecto á la cual se produce en términos que no dejan la menor duda de los sentimientos cristianos que le animaban ya en su favor: seis mil libras al rey de Jerusalem: cuatro mil al maestro del hospital de Tolosa: igual cantidad á los templarios ultramarinos; y además ciento cincuenta mil marcos de plata para socorro de Tierra Santa (1). En los funerales de este príncipe el legado de la Santa Sede y el arzobispo de Reims celebraron en San Dionisio la misa juntamente y pronunciando á una voz las palabras en dos altares diferentes, pero inmediatos uno al otro; los demas obispos y el resto del clero, dice Rigord, les respondian como si fuera uno solo el celebrante.

Felipe Augusto tuvo por sucesor á su hijo Luis, octavo de este nombre, llamado Leon por su valor, á quien la imprudencia del rey Juan de Inglaterra hizo tan formidable á sus pueblos. Llamado antes Luis á la corona de la Gran Bretaña por el cuerpo de la nobleza, como esposo de Blanca de Castilla, descendiente del rey de Inglaterra Enrique II, habia entrado allí felizmente con sus tropas, habia sido coronado en Londres, y derrotó al rey Juan, á quien sus vasallos reputaban indigno del trono por habérselo usurpado á su sobrino Artus, despues de asesinarle. Conoció Juan entonces la necesidad que tenia de reconciliarse con la Santa Sede, y se hizo su vasallo; pero este pa-

(1) Alg. p. 89; G. Brito. p. 249.

so no hizo mas que acrecentar el desprecio de sus súbditos, sin que la excomunion que despues se fulminó contra Luis impidiese los progresos de las armas francesas.

La muerte de Juan Sin-Tierra, causada por el dolor de sus pérdidas el 19 de octubre de 1219, despues de haber recibido los Sacramentos de la Iglesia, fué mas funesta al príncipe Luis. Esta muerte estinguió el resentimiento de los ingleses, quienes le abandonaron entonces y se declararon por Enrique III, hijo del rey muerto, príncipe jóven de solos nueve años, cuya inocencia le grangeó el afecto y ternura de todas las clases del reino. Luis, de regreso á Francia, volvió á emprender la guerra contra los albigenses, y sostuvo por do quiera la reputacion de valor que tenia adquirida.

Apenas se halló en el trono de Francia, le envió el rey de Inglaterra á pedir la restitucion de la Normandía. En respuesta hizo Luis publicar la confiscacion que el rey su padre habia hecho, no solo de esta provincia, sino de todos los feudos de la corona de Francia que poseian los ingleses. Pasó al siguiente año el Loira, se apoderó del Poitou, del Aunes, del Lemosin, del Perigord, y conquistó generalmente cuanto restaba al rey de Inglaterra hácia este lado del Garona. No le quedaba por someter sino á Burdeos y la Gascuña, cuando á ruegos del Papa y de muchos obispos volvió nuevamente sus armas contra los albigenses.

A los reiterados esfuerzos de una secta tan pertinaz habia sucumbido al fin el valeroso Simon de Monfort, tantas veces vencedor, y con tanta frecuencia reducido á los últimos extremos por la indómita obstinacion de las hereges. El viejo conde Raimundo de Tolosa, desposeido de sus Estados, despues de andar errante largo tiempo por Francia y España, cruzó los Piri-

neos, se aproximó á su capital, y por las inteligencias secretas que en ella mantenía halló medio de hacerse dueño de ella, sostenido por su sobrino el rey de Aragon Jaime I. En vano intentó el Papa Honorio reducir á este jóven príncipe á los sentimientos de un justo reconocimiento hácia la Santa Sede que despues de la triste muerte del rey su padre le habia sacado de las prisiones del conde Monfort (1); ni fueron mas eficaces las amenazas que le hizo de suscitar contra él las naciones extranjeras. Nada fué bastante á impedir al altivo aragonés el socorrer á los tolosanos hereges. Sin embargo, el intrépido Monfort despreciando todos los obstáculos y peligros, pasó á sitiarse á Tolosa: mas al cabo de nueve meses de un desastroso sitio, lejos de hallarse en estado de reducir la plaza, se sintió tan falto de fuerzas, como lo estaba de dinero y de todo auxilio. Para colmo de su dolor, el legado que habia en su ejército, segun el uso constante de estas guerras de Religion, le trataba con injuriosa dureza, acusando de inhábil y casi de cobarde á este grande hombre. Los sitiados por otra parte manifestaban una insolencia escesiva. Al otro día de San Juan, á tiempo que este héroe piadoso estaba en maitines, se le avisó que los hereges se disponian á hacer una salida. Pidió sus armas, se pertrechó de ellas, y creyó tener aun tiempo para oír la misa. Ya estaba principiada, y oraba con particular fervor, cuando recibió el aviso de que ya estaban atacando á los que custodiaban las máquinas. Continuando en su oracion, llegó otro correo que le dijo alterado: «apresuraos; los nuestros están muy cargados, y no podrán sostenerse mas.»—«Tenga yo todavía el consuelo de adorar á mi Salvador,» contestó de un modo que auguró algo de extraordinario. Cuando ele-

varon la Santa Hostia, segun el uso establecido algunos años antes, recitó el cántico *Nunc dimittis*, puesto de rodillas y las manos elevadas al cielo; luego, levantándose dijo vivamente: *vamos, ya es tiempo muramos, si es necesario, por Aquel que se dignó morir por nosotros*. Los enemigos no pudieron resistir su presencia, y fueron rechazados hasta sus murallas; pero en medio de una espesa nube de dardos fué herido de una pedrada y de cinco flechas. Dióse golpes de pecho, y encomendándose á Dios y á la Virgen (1) cayó sin vida (1218).

Amalarico, su hijo primogénito y sucesor suyo, se vió obligado un mes despues á alzar el sitio de Tolosa. Los peregrinos habian desconcertado muchas veces los proyectos de su padre con sus retiradas repentinas, y el hijo que no tenia igual grado de autoridad, ni igual ascendiente sobre los ánimos, se vió por esta causa abismado muy en breve en una multitud de obstáculos extraordinarios que, en su concepto, solamente podian ser superados por la energía de un poderoso monarca. Hizo cesion á Luis VIII de todos sus derechos ó pretensiones sobre los Estados del conde de Tolosa y de los demas albigenses (1224); y luego se retiró al seno de la Francia, donde despues de la muerte de Mateo de Montmorenci, recibió en resarcimiento el cargo de condestable. Guido de Levi, singularmente distinguido por su valor en esta guerra de religion, obtuvo del mismo Amalarico el título de mariscal de la fé, que se ha perpetuado en su descendencia.

En un concilio nacional y en un parlamento, tenidos en Paris el 28 de enero y el 20 de marzo del año 1226, el legado romano, cardenal de San Angel, confirmó al rey Luis la cesion de Amalarico de Monfort. El viernes siguiente al concilio, esto es, el 30

(1) Rain. lib. 1 ep. 692 822.

B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

(1) Petr. Hist. Alb. c. 86.

de enero, despues de haber deliberado el rey con madurez, recibió la cruz de mano del cardenal legado, junto con casi todos los obispos y los barones del reino para ponerse en marcha contra los albigenses. A mas de la indulgencia plenaria y de la dispensa de toda especie de votos, fuera del de ir á Jerusalem, el legado con asenso de muchos obispos, concedió al rey por cinco años una suma anual de cien mil libras sobre la décima eclesiástica que el Papa habia impuesto.

El anciano conde de Tolosa habia muerto ya dando pruebas de un grande arrepentimiento y su hijo Raimundo VII estaba en posesion de la parte mas florida de sus Estados. Respecto á los herages, observaba el mismo proceder, poco mas ó menos, que habia tenido su padre; esto es, mantenía con ellos relaciones sumamente sospechosas, al paso que evitaba seguir sus principios y aun ser su fautor. En un concilio celebrado en Bourges en el año anterior (1225), pidió con instancias al legado que le presidia que pasase á todas las ciudades de sus Estados á informarse de la fé de sus vasallos, prometiendo hacer justicia contra todos aquellos que se hallasen culpables de heregía; y por esto el rey de Inglaterra clamaba sin cesar diciendo, que era un abuso erigir en cruzada la guerra que el rey de Francia queria hacer á un señor cristiano.

Despreció Luis estas voces que nacian menos de generosidad que de política, esto es, del temor que tenia el rey de Inglaterra, como tambien el emperador y el rey de Aragon, de que el monarca francés adquiriera el derecho soberano de conquista sobre los Estados que el conde de Tolosa tenia en feudo de estos diferentes príncipes. Dirigióse en el mes de mayo de este año 1226 hácia el Ródano con un numeroso ejército. Precediale el terror: los cónsules de las

ciudades pertenecientes al conde de Tolosa, salieron al encuentro del rey para entregarle sus fortalezas y darle rehenes. Aviñon, que era la mas fuerte de estas plazas, no dejó de someterse al punto; pero quiso despues poner condiciones que ofendian á la magestad del vencedor. Sitióla pues, y la obligó á rendirse al cabo de tres meses, durante los cuales sufrió la ciudad una mortandad horrible, destruyó las murallas, é hizo derribar trescientas casas que estaban guarnecidas de torres. En seguida se adelantó por el Languedoc, donde todas las ciudades fuertes y castillos se rindieron hasta á cuatro leguas de Tolosa. Al cabo de esta gloriosa campaña, volvió triunfante á su capital con ánimo de volver en la primavera á dar fin á su empresa; pero acometióle en Monpensier de Auvernia una enfermedad mortal, que en medio de esta luciente carrera le arrebató, mártir de la castidad, un domingo 8 de noviembre, cuando contaba solos treinta y nueve años.

Realizáronse de este modo los temores de Felipe Augusto, cuando se esforzaba en moderar el celo de Luis, príncipe verdaderamente virtuoso y admirable, sobre todo en sus costumbres; pero que consultó mas á los impulsos del fervor, que á las máximas de la prudencia humana. «A mi hijo, decia Felipe, solo le placen los consejos que le conducen á hacer la guerra á los enemigos de la Iglesia: él arruinará su salud en tales expediciones, y morirá quedando el reino de este modo en manos de una muger y de un niño.» Efectivamente, la corona pasó á un niño de once años, bajo la regencia de la reina madre; mas la divina Providencia justificó al rey Luis de la acusacion de ser sobrado ardiente su fé como despues justificó á San Luis.

Causó quizá un vacío mas grande en el mundo cristiano San Francisco, que murió en el mismo año que este príncipe, en un

estado muy diverso de la magestad real. No habia region donde no floreciese su orden de la manera establecida por él, sin fondos, sin rentas, y sin mas auxilio que el trabajo de los frailes y la caridad de los fieles: dos cosas que el santo fundador no quiso separar nunca de la mas laboriosa de las sociedades regulares. Y ni aun adoptó la mendicidad sino como un medio de suplir al trabajo ó al salario que no fuese satisfecho. Despues de dos años que el Santo hubo recibido la impresion de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, segun lo refiere San Buenaventura (1), alegando muchísimos testigos oculares los mas virtuosos y calificados; despues de este favor extraordinario que ha llegado á ser tan famoso con el nombre de *Stigmata*, la salud de Francisco fué debilitándose de dia en dia, y sus enfermedades llegaron á tal grado, como tambien su paciencia, que sus discipulos creyeron ver en él otro Job. Antevió el tiempo de su muerte mucho antes que llegase; y aproximándose ya su postrer dia, declaró que saldria en breve de este valle de lágrimas, como el Señor se lo habia revelado. Mandó que le llevasen á su amada morada de la Porciúncula, á fin de dar el alma en el lugar donde habia recibido el espíritu de la gracia.

Entonces hizo su testamento como era de esperarse de un cristiano el mas pobre de espíritu y de hecho (2): no es mas que un compendio de los sentimientos de humildad y abnegacion que le caracterizaron desde que se entregó sin reserva al Señor. Quiere que sus discipulos se tengan siempre como los hombres mas ínfimos, conforme á su nombre de *frailes menores*; que la modestia y simplicidad de su alma resplandezcan en todo su exterior; que la pobreza se muestre

en sus casas, hasta en sus iglesias, que deben ser bajas, reducidas y sin adornos esquisitos con pretesto de atraer á los pueblos; pues que, dice, cogarán mas fruto por la pobreza que los obligará á predicar en otras iglesias, que con los discursos mas bien ordenados. Prescribió hasta que las paredes fuesen de cañas arregladas, ó de palos y tierra amalgamada con paja. Consintió, aunque con dificultad, en que se fabricasen de piedras comunes, á fuerza de instancias que le hicieron representándole que serian menos costosas que la madera y menos sujetas á reparos. Luego encarga muy particularmente el respeto á los sacerdotes y á los pastores de las almas. «Y mando, dice con este motivo, mando absolutamente á todos los frailes, en virtud de santa obediencia, que en cualesquiera circunstancias en que se encuentren, no osen de modo alguno solicitar por sí mismos ó por algun mediador, sea el que fuese, Breve alguno de la corte romana, á efecto de poseer una iglesia ú otro lugar con pretesto de predicacion, y aun de seguridad para sus personas; y si no los recibieran en una parte, pasen á otra con la bendicion del Señor.» Acabó por vedar espresamente á todo fraile, clérigo ó lego, añadir interpretaciones á este testamento ó á algun otro de la regla; «sino así como Dios, añade, me ha hecho la gracia de esplicarlos con sencillez, así ellos lo entiendan y practiquen con la misma.»

Hacia ya bastante tiempo que se habia explicado acerca de un punto de conducta que miraba con no menos interés que la pobreza y la modestia. Hablándole el cardenal protector de la orden sobre los monasterios de monjas de este instituto que principiaban á multiplicarse, respondió vivamente (1): «A escepcion de aquel en que coloqué á Clara, no he procurado la

(1) *Vil. cap. 13; Vading. ann. 1224.*

(2) *Opusc. p. 120.*

(1) *Vading. 1219.*

fundacion ni me he encargado del cuidado de ninguno. Nada me aflige tanto como que el que los frailes se hayan apresurado en establecer otros, encargándose del gobierno de las monjas, y sobre todo el que las hayan dado el nombre de menores.» Conjuró al cardenal que alejase cuanto posible le fuera á los religiosos del cuidado y trato familiar de las monjas. Habian sido interesantes y enérgicas sus esplicaciones sobre este artículo durante todo el curso de su gobierno. «¡Cuánto temo, exclamaba con frecuencia y cada vez con mayor emocion, cuánto temo que al propio tiempo que Dios nos ha quitado las mugeres, el diablo nos haya dado las hermanas!» Este rasgo muestra por sí solo la cordura de un Santo entregado enteramente á la sábia locura de la cruz.

Sintiendo el humilde Francisco cereana su última hora, se echó en la tierra desnuda, alzó las manos al cielo y bendijo al Señor porque iba á él con libertad perfecta y con entera desnudez. Volvió sus ojos á los frailes que estaban presentes, y les dijo: «he hecho lo que me corresponde, nuestro Señor os ayudará en lo que os toca hacer á vosotros.» Habiendo llegado allí deshechos en lágrimas los frailes que estaban en las cercanías, los exhortó á conservar el amor de Dios y del prójimo, la humildad, la pobreza, la paciencia, y en especial la fé de la Iglesia romana; lo que pidió con tanta eficacia que el horror particular con que sus hijos miran las novedades sospechosas, prueba aun despues de tantos siglos la eficacia de su ruego. Estendió sus brazos uno sobre otro en forma de cruz, y dió su bendicion á los presentes y á los ausentes. Luego mandó que le leyesen la Pasion del Salvador segun San Juan; recitó como pudo el salmo ciento cuarenta y uno, y al proferir aquellas palabras del último verso: *sacada mi alma de su prision para que celebre vuestra gloria: los justos esperan que vos me co-*

*roneis*; entregó dulcemente el espíritu en la noche del 3 al 4 de octubre del año 1226, el cuarenta y cinco de su edad, y el diez y siete de la institucion de su orden. El cielo no tardó en honrar el sepulcro de su siervo con extraordinarios prodigios, é hizo su nombre tan famoso en el universo, quanto mas habia él estudiado en hacerse pequeño y despreciable á los ojos de los hombres.

Dos años despues de su muerte le canonizó con la mas ostentosa solemnidad el Papa Gregorio IX; y para ello pasó en persona á Asís, donde concedió indulgencias, imitando á su predecesor Honorio III, que fué el primero que introdujo este uso en la canonizacion de los Santos. Gregorio visitó en esta ciudad á Clara, discípula tan digna de Francisco, y la ofreció posesiones considerables aun en bienes raices, como indispensables para obviar varios inconvenientes que individualizó. Pero Clara respondió constantemente que la santa pobreza valia mas que todos los bienes y ventajas que la presentaba. «Hija mia, replicó el Papa, si es el voto lo que os detiene, yo os absuelvo de él.»—«Santo Padre, respondió con libertad evangélica, yo no pido mas absolucion que la de mis culpas (1).»

Este era el cardenal Hugolino, que con el nombre de Gregorio IX fué elegido por sucesor del Papa Honorio al dia siguiente de la muerte de este, en 19 de marzo de 1227. Hugolino procuraba con mucho celo el bien, como hemos visto; gran protector de la virtud, llevaba una vida muy ejemplar, y era hombre de mucho espíritu y de gran memoria, y muy versado con particularidad en el derecho. Contaba cerca de ochenta y tres años cuando fué exaltado á la Cátedra de San Pedro; y no obstante la ocupó catorce años, cinco meses y dos

(1) Sur. Vit. S. Clar. cap. 9.

dias; por manera que vivió cerca de un siglo.

Durante el último pontificado se indispuso con la Santa Sede el emperador Federico, desposeyendo á los condes de Anagni, hermanos de Inocencio III, protegidos por Honorio su sucesor. Este gérmen de division entre el Papa y el emperador estalló en varias ocasiones, y amenazaba llegar á los mayores extremos, cuando el rey Juan de Briena, que habia venido á promover los socorros de Europa, procuró entre ellos una reconciliacion pasagera, dando su hija primogénita en matrimonio á Federico. Entonces este príncipe ambicioso, guiado por su interés, intentó de veras el recobro de la Tierra Santa, que miraba ya como su propio dominio. Mas muy en breve mostró su ingratitud, despojando á su padre político de las rentas, y aun del título de rey de Jerusalem. Indignado Juan de Briena, se retiró á Roma, donde fué nombrado gobernador del Estado eclesiástico; pero el Papa Honorio que le amaba con ternura, murió sin haber podido restablecerle en sus derechos.

Gregorio su sucesor, y pariente cercano de Inocencio III, cuya familia habia ya sido despojada por Federico, principió desde luego á estrechar vivamente á este príncipe para que cumpliera su voto de la cruzada (1). El emperador, que desde su coronacion habia ido obteniendo plazo sobre plazo, no pudo menos de embarcarse, y estuvo algun tiempo en el mar; pero pretestando luego una enfermedad que habia muchos motivos para creer supuesta, volvió al puerto de Otranto, y fué causa de que la mayor parte de los cruzados se tornasen á sus hogares. Aconteció esto en el mes de agosto del año 1227, término dado al emperador por última próroga, pasado el cual consintió él mismo en ser excomulgado si no cum-

plia su voto de la cruzada. Pronunció la sentencia de excomunion el Papa Gregorio asistido de los cardenales y de un gran número de obispos, el 29 de setiembre siguiente, dia de San Miguel; la reiteró en otras varias ocasiones, y añadió el entredicho en todos los lugares donde llegase el emperador, y por todo el tiempo que permaneciese en ellos. Además amenazó á este príncipe, en el caso de despreciar sus censuras, de que le trataria como herege, esto es, conforme al estilo de aquel tiempo, que absolveria á sus vasallos del juramento de fidelidad. Mas no se crea que el Papa llevase las cosas hasta este extremo únicamente porque Federico no iba á Palestina. El mismo Gregorio, escribiendo á los obispos de Pulla, dice que excomulgó solemnemente á Federico, así por no haber pasado á Tierra Santa ni dado las tropas y dinero que habia prometido, como por haber privado al arzobispo de Tarento ir á su iglesia y visitar su pueblo; por haber privado á los templarios y hospitalarios de los bienes que tenian en el reino de Sicilia; por no haber guardado el tratado celebrado entre él y unos señores de que á ruego suyo habia salido fiadora la Iglesia romana; por haber despojado de sus tierras al conde Rogerio, cruzado y acogido bajo la proteccion de la Santa Sede, y por haber rehusado sacar á su hijo de la prision en que injustamente le tenia. El Papa cita despues un decreto de Urbano II, en virtud del cual no habia obligacion de guardar fidelidad á un príncipe cristiano cuando se oponia á Dios y á sus Santos y desprecia sus mandamientos. Ahora bien: para conocer hasta qué punto conculcaba Federico la ley de Dios, debe recordarse que habia roto el pacto celebrado con su soberano, héchose fautor de los mahometanos, engañado á los reyes de Jerusalem y á todos los cristianos que combatian en Asia, violado el voto renovado y solemnemente confirmado

(1) Vit. Greg. ap. Rain. num. 29.